

LAS CAMPANAS DEL TEMPLO

Chris había oído hablar en muchas ocasiones a su maestro del misterio del Templo de las Mil Campanas. Hace mucho, mucho tiempo, en las islas orientales, un hermoso templo budista alegraba a sus vecinos con el hermoso sonido de mil campanas. Con el paso de los años, el océano terminó por engullir en sus aguas ese hermoso lugar. Cuentan que, desde lo profundo del mar, las campanas del Templo siguen tañendo todos los días. Para poder ser testigos de tal espectáculo, el silencio tenía que reinar en el corazón.



Ahí estaba ella, de pie en la playa, lejos de su hogar. Había sido una dura decisión; pedir días en su trabajo, renunciar a sus ahorros, despedirse de sus seres queridos... Ahora, después de un viaje cansado, había llegado a su destino. Su corazón latía con fuerza; ¡había soñado tantas veces con este momento! Era el atardecer y el aire se había echado... Se sentó para escuchar con atención... pero sólo oyó olas. Ninguna campana, sólo el ruido del mar. "Será el cansancio del viaje", pensó.

Después de dormir todo lo que su cuerpo le pidió, desayunar con ganas, situarse en el precioso pueblo pescador, hablar con los ancianos del lugar para cerciorarse de que era la playa justa para escuchar las campanas... se sentó de nuevo en la orilla. Fijó su atención y estuvo durante mucho tiempo escuchando olas, gaviotas, viento, algún que otro niño... pero ninguna campana. Intentó, como había aprendido en su escuela de yoga, traspasar los ruidos para hacer silencio, pero estuvo ese día más de siete horas escuchando el ruido del mar. Cansada se fue a su pensión. Un par de ancianos la miraron sonrientes al verla volver con cara triste.

Y así transcurrió toda una semana, un día tras otro, sin dejar de estar todo el tiempo que pudo en la playa. ¡Todo en vano! No

escuchó ninguna campana. Estaba agotada y muy triste. Había fracasado. No pudo cumplir su sueño. Primero pensó que era una pretenciosa occidental, que piensa que sabe hacerlo todo muy bien, pero que no es capaz de albergar ningún silencio en su corazón. Acabó por sentir que su maestro la había engañado y que no había ningún templo sumergido.

Llegó el último día. Quiso despedirse del pueblo y de la playa. Saludó amable a las personas que encontró en su camino, disfrutó por primera vez de la hermosura humilde de unas casas de tablones pintados de colores, comprobó que la selva casi se metía en las casas y que desde las calles se veían hermosos pájaros tropicales. Llegó a la playa, la misma playa de siempre y se sentó mirando el mar, queriendo mirar más hondo de lo que veía. Al poco rato se echó en la arena y vio un hermoso cielo azul. Las aves volaban con soltura casi sin mover las alas. Sintió la frescura de la brisa y el calor del sol que acariciaba su piel. Para disfrutar más del momento, cerró los ojos... Se dejó llevar por primera vez del rumor pausado de las olas y estuvo escuchándolo sin la menor resistencia. Se sentía como suspendida en el mar, pero un mar de arena, viento y olas... No sabe cuánto tiempo pasó, pero, de pronto, escuchó una campana... ¡Sí, desde el fondo del mar! Y luego una esquila más aguda... y dos campanas grandotas y graves... y otra, y otra... Sin abrir los ojos pudo escuchar ese concierto armónico de mil campanas... Y su corazón se llenó de luz y alegría.



Para profundizar

- ¿Qué te llega de este cuento?
- ¿Cómo te sientes al escuchar su final?
- ¿Qué descubres de tu vida? ¿Has escuchado el silencio?
- Puedes probar un día: vete a ese sitio tranquilo que te gusta tanto, en el campo, el monte y la playa. Siéntate en un lugar apartado y escucha todo... Déjate llevar por el lugar, conecta con lo que es... ¡y escucha las campanas!

Cuando dejamos de exigir con preguntas, llegan las respuestas.

Cuando el deseo se duerme, despierta la realidad